

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DB

La Novela Semanal Cinematográfica

PROPAGANDA



Su  
Majestad  
a coqueta

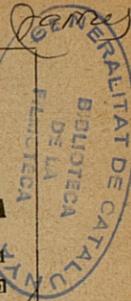
POR  
Sue Carol

50 cts.



SU MAJESTAD LA COQUETA

TINLING.



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléf. 18551

Exalted Flapper / 1929

# Su Majestad la coqueta

Delicioso asunto

Interpretado por

SUE CAROL, BARRY NORTON

e IRENE RICH



Es una producción FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle Valencia, 280 · BARCELONA

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

## Su Majestad la coqueta

### ARGUMENTO DE LA PELICULA

#### I

Procedentes del Ducado de Capra, llegaron a Norteamérica dos personajes ilustres: la gran duquesa y la duquesita Cecilia, hija de los grandes duques.

En Capra era el gran duque la autoridad suprema, el soberano, pero, como se verá en el transcurso de esta historia, la que realmente gobernaba era su esposa, la gran duquesa.

En cuanto a Cecilia, era una muchacha lindísima, en la que Dios no había escatimado sus dones. Su cuerpo hubiera po-



*Era una muchacha lindísima, en la que  
Dios no había escatimado sus dones.*

dido encontrar otra figura igual, pero no más perfecta.

En cuanto al rostro, era un hechizo: unos ojos muy grandes, alegres y sombríos al mismo tiempo; una naricilla graciosa y menuda; unos labios y unos dientes que sólo en sueños estamos acostumbrados a ver.

Perderíamos el tiempo si siguiéramos enumerando perfecciones. Imagínese el lector lo más perfecto, confúndalo con lo más encantador, y obtendrá un retrato que no se diferenciará en nada del de la duquesita Cecilia.

Olga, una extranjera que sabía varios idiomas y a la que Cecilia manejaba como un juguete, era su dama de compañía.

Bimbo Mihaffey era el agente de publicidad de los grandes duques, y les acompañaba en aquel viaje, como en todos.

El recibimiento que se dispensó en Nueva York a los grandes duques, fué espléndido. Los norteamericanos sentían gran simpatía por aquel Ducado apacible donde se reunían las ramas genealógicas más antiguas y más nobles del mundo.

Se decía en Nueva York que, desde la lle-

gada de Lindberg después de su hazaña, no se había conocido otro homenaje tan magnífico y sincero.

Cecilia estaba entusiasmada. El bullicio de la gran urbe, la alegría popular era algo desconocido y hermoso para ella.

—¡Qué hermoso es esto, Olga!—decía a la dama de compañía—. ¡Qué felices vamos a ser!

Iban a permanecer un par de días en Nueva York, nada más que un par de días, el tiempo suficiente para atender a todos los homenajes que les habían anunciado, y después se retirarían a la finca campestre que poseían en un bello rincón de la campiña norteamericana. Allí se reuniría con ellos el gran duque.

La gran duquesa saludaba rígidamente, con su natural altivez. Estaba en su papel de soberana.

Olga iba atemorizada. Bimbo, dispuesto a emprender la lucha con fotógrafos, camaramen y reporteros.

Así entraba en Nueva York la augusta familia.

\* \* \*

Al llegar al suntuoso alojamiento y quitarse el abrigo, Cecilia, que estaba delante del espejo, reparó en lo diferentes que eran sus vestidos a los que llevaban las damitas yanquis, y dijo, dirigiéndose a Olga:

—¡Qué rancias vamos!

En efecto, los ricos vestidos de Cecilia estaban completamente pasados de moda. El escote subía hasta la laringe, de modo que más que escote parecía cuello alto; las mangas le bajaban hasta las muñecas; la falda se extendía hasta los tobillos.

En cuanto a Olga, iba hecha un verdadero adefesio.

En la habitación, además de los recién llegados, estaba el doctor de la familia, el cual se había adelantado en el viaje, con secretarios y mayordomos.

La gran duquesa había tomado posesión de uno de los sillones y, siempre atenta a todo, había invitado a Bimbo a que le leyera la lista de compromisos ineludibles después de reclamar la atención de todos los presentes.

Bimbo empezó a leer.

—A las doce, recepción en el Club Femenino. A la una, almuerzo con el alcalde.

En este momento resonó en la estancia un tremendo estruendo. Había sido Cecilia la autora. Esto le valió una severa mirada de su madre.

—A las cuatro, ópera en el Metropolitán. A las nueve, cena con...

—¡Atchís!...

Esta vez fué el estornudo mucho más estruendoso. Bimbo dió un salto y la gran duquesa se encaró con su hija. Los demás se pusieron a temblar.

—¡Estás enferma, Cecilia! —dijo la soberana.

—No, mamá; te aseguro...

—¡Basta! ¡Doctor, tómate el pulso y ratifique mi opinión!...

El doctor tomó el pulso a Cecilia, le examinó la lengua y no vió la enfermedad por ninguna parte. Pero, no atreviéndose a contradecir a la gran duquesa, se encogió de hombros:

—¿Lo ves, hija mía? ¡Estás muy enferma! Ve en seguida a acostarte.

—Pensad, Alteza, que vuestra hija os ha de acompañar a Chicago.

—Iré a Chicago yo sola. Mi hija y Olga se quedarán aquí, bajo su custodia.

Cecilia iba a protestar; pero al oír las últimas palabras de su madre, no sólo dejó de hacerlo, sino que le dió la razón.

—Sí, mamá. Debo tener algo grave. Olga, acompáñame a mi cuarto.

Pero, apenas estuvieron donde la gran duquesa no las podía ver, Cecilia comenzó a saltar y a palmotear alegremente.

—¡Oh, duquesa! —exclamó Olga aterrada—. La fiebre os hace delirar.

—¿La fiebre? —rió Cecilia—. Jamás me he sentido mejor... Pero me conviene que me crean enferma... Así, nos quedaremos solas en Nueva York.

—¿Qué pensáis hacer? — exclamó Olga, horrorizada de antemano.

—Olvidarme de que soy duquesa para ser mujer... ¡Gozar!... ¡Divertirme!...

Y levantaba los brazos, echaba hacia atrás la cabeza y reía como una loca.

Olga, entretanto, elevaba una plegaria al Altísimo.



Recorrieron las calles más bulliciosas de Nueva York y entraron en varias tiendas. Cecilia salió de ellas transformada. Parecía una reina de la moda. Sus piernas magníficas se mostraban ahora en todo su esplendor. La masajista y el peluquero completaron la obra.

Olga y Bimbo estaban admirados al mismo tiempo. No se encontraría en toda América una criatura tan hermosa como su joven amita; pero tampoco tendría rival el escándalo que se armaría si la gran duquesa se enteraba del proceder de la heredera de Capra.

Cenaron en un restaurante de moda y de allí se fueron al cabaret más lujoso de Nueva York.

Lo que sucedió en el cabaret, no habría quien pudiera explicarlo en detalle. Cecilia no dió reposo a sus pies, a sus manos ni a su boca. Fué de un lado a otro, bailó con casi todos los jóvenes que le eran agradables. Bebió hasta embriagarse.

Bimbo se mostraba al principio escandalizado; pero poco a poco fué sucumbiendo al alcohol y al ambiente. A media noche,

## II

Antes de partir para Chicago, la gran duquesa advirtió a Bimbo:

—No olvide que le hago responsable de mi hija durante mi ausencia.

—No temáis, Alteza—dijo con suficiencia Bimbo—. Ya sabéis que soy un fiel guardián de vuestros “intereses”.

Pero cuando, con gesto olímpico, se dirigió en busca de la duquesita para hacerle las primeras advertencias, vió que ésta se había arreglado para salir.

—¿Dónde vais, duquesa?... Vuestra madre...

Por toda respuesta, Cecilia lo cogió de un brazo, después de haber enlazado el otro con el de Olga, y tiró de él y de la dama de compañía.

armaba más escándalo que Cecilia y bailaba con más frenesí que ella.

Hay que advertir que en aquel alegre establecimiento no había una sola persona que conservara el dominio de sus faculta-



*Lo que sucedió en el cabaret...*

des. La ley seca obliga a los norteamericanos a abstinencias que estallan temiblemente cuando encuentran ocasión. Aquella noche, la dueña del aristocrático establecimiento les ofreció esa ocasión, sirviendo todas las bebidas que se le pedían.

Los cocteles produjeron rápidamente el efecto que era de esperar y el cabaret se convirtió en algo así como una casa de locos aristocrática.

Cecilia estaba realmente temible. Había quitado a una de las artistas que representaban números de revista un guante de boxeo del tamaño de una almohadilla, y con él cometía toda clase de desmanes.

Rompió botellas y encasquetó hasta los ojos sombreros de copa. Varias damas y varios caballeros estuvieron al borde del k. o. Estaba, además de encantadora, arrolladora.

Era más de media noche, cuando la policía notó que algo anormal ocurría dentro del cabaret. Entraron los agentes, y, al ver cómo se cumplía en aquella casa la ley seca, empuñaron los revólveres y pronunciaron a voz en grito las siguientes e inquietantes palabras:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Quedan ustedes detenidos!

Bimbo comprendió en seguida la gravedad de la situación. Si los detenían, habrían de decir sus nombres verdaderos, y toda Norteamérica se enteraría de que la

duquesita Cecilia había estado en un cabaret.

Cecilia también se dió cuenta de lo que la intervención de la policía significaba, y se echó a temblar. Olga estaba más muerta que viva.

De pronto, los ojos de Bimbo tropezaron con una puerta de escape. ¡Allí estaba la salvación!

Los agentes estaban lejos, comenzaban a tomar nombres; pero para llegar hasta ellos, tendrían que cruzar todo el cabaret.

—¡Huyan ustedes por allí!... Yo voy en seguida...

Cecilia y Olga pudieron salir sin que nadie las viera. Entonces, Bimbo comenzó a buscar un zapato que, no sabía cómo, había perdido. Lo halló debajo de una mesa, se lo puso y se escabulló.

Cuando se vieron en la calle, lanzaron un suspiro de alivio.

—¡Menos mal!

—¡De buena nos hemos escapado!

Tomaron un taxi y regresaron al hotel.

Los criados quedaron un tanto extrañados al ver el modo que Cecilia y el agente

de publicidad tenían de subir las escaleras.

Iban tarareando un charlestón y movían los pies al compás de la música.

La entrada en el salón fué todavía más pintoresca. Se enlazaron por los hombros y penetraron como las muchachas de revistas cuando irrumpen en el escenario, levantando la pierna al compás de una música alegre.

—¡Muy bonito, muy bonito! — oyeron de pronto que decía una voz.

La voz era para los tres muy conocida. Por eso suspendieron el baile instantáneamente, sin atreverse a levantar la cabeza.

Era, en efecto, la gran duquesa, que había regresado de Chicago antes de lo que ellos esperaban.

—¡Muy bonito! Veo que no habéis perdido el tiempo durante mi ausencia.

Y, con terrible severidad, dijo a Bimbo y a Olga:

—Retírense ustedes.

Pero he aquí que cuando Cecilia esperaba una rigurosa amonestación, la gran duquesa dijo con cierta dulzura, extraordinaria en ella:

—Hija mía, todo ha ido bien en Chicago. El gobernador da por concedido el empréstito que Capra necesita, si tú te casas con el príncipe Boris, de Dacia.

—¡Ah! ¡Pues, no! Yo no me caso con un hombre que no sé quién es.

—En seguida vas a saberlo — dijo la gran duquesa, conciliadoramente—. Dacia es un reinado próximo a nuestro Ducado. Ocupa el trono un rey anciano que tiene gran influencia en el mundo moderno. Este rey tiene un hijo, el príncipe Boris, el cual heredará la corona de un momento a otro. Este es el príncipe con quien Chicago quiere que te cases.

—Pero, ¿qué ganará Chicago si yo me caso con ese príncipe? ¿Quién le manda a Chicago meterse en los asuntos que sólo a mí y a mi corazón atañen?

—Dacia es amiga de Chicago. Dacia es rica. Esa boda sería como una garantía para el que hace el empréstito.

—¡Muy bonito! ¡Ahora soy yo la que digo que muy bonito! Un préstamo... un matrimonio... En fin, una mujer que se vende... ¡Pues, no, no y no! No me casaré con el príncipe Boris. Estoy harta de políticas

y razones de Estado. Me casaré con el que elija mi corazón, y no con quien quiera Chicago.



*—Tú te casarás con quien convenga a tu patria.*

La gran duquesa se irguió.

—¡Cecilia! Tú te casarás con quien convenga a tu patria.

Y, para hacer la situación más irremediable, puso al gran duque, su esposo, el siguiente telegrama:

“Inicia al punto negociaciones para el casamiento de Cecilia con el príncipe Boris, de Dacia. El éxito de mi misión depende de ello. Regresamos a Capra mañana mismo.”

Antes de que Cecilia se acostara, su madre le dió cuenta de sus nuevas decisiones.

—Regresaremos a casa mañana mismo.

—¡Oh! ¿De modo que nuestro viaje de recreo sólo va a durar veinticuatro horas?

—Sólo lo que a Capra conviene.

Y, para evitar nuevas explicaciones, dió media vuelta y se separó de su hija.



### III

Apenas recibió el telegrama de su esposa, el gran duque puso manos a la obra y, cuando madre e hija llegaron a Capra, ya estaba todo arreglado.

El gran duque era la antítesis de la gran duquesa. La misma afición que tenía ella a gobernar, la sentía él por el golf, por los caballos, y, en general, por todo cuanto se saliera de los rigores del trono. Por eso agradecía a su esposa que hubiera tomado las riendas de la nación. Así, tenía él más libertad para satisfacer sus aficiones. De vez en cuando, se vestía de uniforme, se llenaba el pecho de cruces y ocupaba el trono o asistía a alguna ceremonia oficial. Pero en un par de horas estaba listo y podía volver a la vida que él amaba, en tan-

to su esposa se ocupaba de la abrumadora tarea de gobernar al país.

Ahora estaban los tres—los grandes duques y la Duquesita—en el salón de recibir.

Obtenidos los informes de su esposo, la gran duquesa tenía la seguridad de que se recibiría un mensaje de Dacia aquel mismo día, y aguardaban al mensajero.

Entretanto, la conversación recaía sobre el matrimonio que tan distintas opiniones merecía a Cecilia y a la gran duquesa.

Una vez más mencionaba la madre las razones de Estado, y una vez más aseguraba la hija que aquellas razones eran sinrazones.

Mientras tenía lugar esta disputa, el gran duque partía nueces sobre una especie de cestillo de madera, valiéndose, para romperlas, de un pequeño martillo.

Las nueces eran una de las debilidades del gran duque.

Antes de seguir adelante, debemos hacer una observación para evitar que se forme un juicio erróneo sobre el ilustre personaje. El gran duque no era un marido tonto que se dejaba dominar por su es-

posa. El gran duque era muy inteligente y muy digno. La mayor sencillez presidía todos sus actos y, sin embargo, había en él una distinción y una exquisitez que su esposa, con toda su jactancia, no lograba igualar. Cualquier movimiento, cualquier gesto, resultaba en él elegante. Vestía impeccablemente y tenía siempre en los labios una frase oportuna.

Ahora, por ejemplo, la ordinaria tarea de partir nueces, no mermaba en lo más mínimo su apariencia de gran duque. Sin embargo, la gran duquesa, lo consideró inconveniente.

—No creo que sea muy correcto el estar partiendo nueces cuando una persona nos habla.

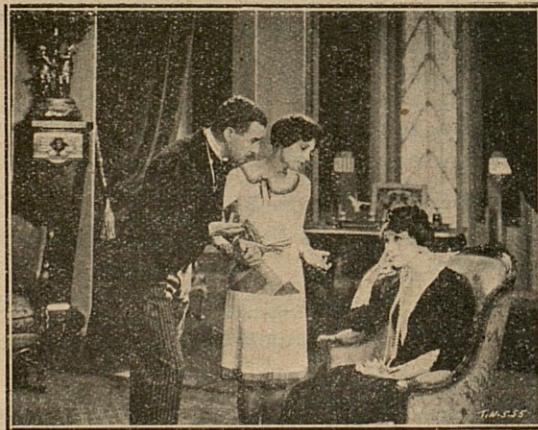
Y como el gran duque no hiciera mucho caso, Cecilia intervino, para evitar la escena, haciendo que su padre se levantara y fuera al lado de la gran duquesa.

—Papá, haz entrar en razón a la *soberrana de Capra*. Me quiere casar con un hombre al que no conozco.

—¡Basta! — exclamó la gran duquesa —. Tu padre ha hecho ya en este asunto todo

lo que tenía que hacer. De lo demás, me encargo yo.

No sabemos qué agudeza iba a lanzar el gran duque, cuando un criado anunció con voz altisonante:



—Papá, haz entrar en razón a la soberana de Capra.

—Su Excelencia, el primer Ministro de Dacia...

—Silencio— reclamó la gran duquesa—. Viene a pedir la mano de Cecilia.

Y se arregló un poco el peinado y el severo vestido.

—Tú aquí, a mi lado—dijo al gran duque—. Y tú, Cecilia, al lado de tu padre. Y, dirigiéndose al criado:

—Que pase Su Excelencia.

Entró el primer Ministro, hombre mucho más rígido aún que la duquesa, y ridículo a fuerza de querer ser austero, entró en el salón...

Después de algunas palabras de salutación, acompañadas de reverencias, pronunció la esperada frase:

—Dacia tiene el honor de pedir para su príncipe heredero la mano de vuestra hija, la duquesa Cecilia.

—Aceptamos y hacemos votos por que sean muy felices—repuso la gran duquesa.

Y como el primer Ministro mirara entonces al gran duque como solicitando su opinión, éste convino con la gran duquesa:

—Tenemos la seguridad de que serán muy dichosos y de que esta dicha repercutirá en los respectivos Estados.

Finalmente, la mirada del primer Ministro buscó la de Cecilia. Esta le miró de

arriba abajo y después exclamó con desdén:

—Usted y su príncipe se pueden ir al diablo. No me casaré con él.

Y volvió la espalda al grave personaje y salió de la estancia.

El primer Ministro había dado un salto, a consecuencia del cual le cayeron los lentes, tal fué su sorpresa ante la contestación inusitada de Cecilia; pero la gran duquesa ya estaba a su lado y le decía amablemente:

—El casamiento se celebrará. Ha triunfado usted en toda regla.

—El príncipe—repuso el primer Ministro, completamente tranquilizado—, acaba de regresar de Oxford, y estará en Capra mañana mismo.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Cecilia mandó preparar su automóvil individual y se lanzó con él por la hermosa campiña de Capra.

Al mismo tiempo, otro auto se había aventurado por aquellos caminos.

Era el auto del príncipe Boris, el cual acababa de llegar a Capra y realizaba un viaje de exploración.

Los dos autos se encontraron en una bifurcación del camino, pero de tal modo, que el príncipe hubo de hacer un falso viraje, a consecuencia del cual su automóvil saltó fuera del camino y volcó.

Fué una caída violenta, de la que el príncipe quedó aturdido.

Cecilia, sobresaltada, especialmente porque se juzgaba culpable de lo ocurrido, bajó de su pequeño auto y corrió a auxiliar al caído.

Le cogió por los hombros, lo zarandeó.

—¡Eh, amigo mío! ¿Se ha hecho usted daño?

El príncipe fué recobrando sus perdidas facultades. Aquella voz había sonado en sus oídos como una alegre música.

Fué desapareciendo la nube que enturbiaba sus ojos y comenzó a ver aquel rostro incomparable, aquellos ojos llenos de luz.

—¿Se ha lastimado usted? — volvió a preguntar Cecilia.

Y el príncipe, que ya veía con claridad

el semblante de quien le dirigía esta pregunta, repuso:

—No se preocupe usted. Ya me ha pasado todo.

Entonces reparó Cecilia en la hermosura varonil de aquel rostro joven, en la fortaleza de aquel pecho, en la gentileza y el vigor de aquella figura.

—¿Dónde se ha hecho usted daño?

—Le aseguro a usted que estoy perfectamente. Ahora verá.

Y se levantó y trató de dar un paso. Pero no bien hubo levantado el pie, lanzó un grito, al mismo tiempo que se llevaba la mano a la rodilla.

—¿Lo ve usted? Está usted herido. Venga a mi casa y le curaré la herida... Por aquí. Nuestra casa está cerca.

Y trató de cogerlo del brazo. Pero el príncipe no lo consintió y se esforzó por andar sin que su pierna cojeara.

Así, uno al lado del otro, se dirigieron por el camino que Cecilia había indicado.

El príncipe, cautivado, la contemplaba.

—Usted debe de ser americana, ¿verdad? Vaciló Cecilia un instante; pero la idea

de ser americana la sedujo más que la de ser duquesa, y repuso:

—Sí, del mismo Nueva York. Y usted es inglés, ¿no es cierto?

—Sí, soy inglés—mintió a su vez el príncipe—. Procedo de Oxford. ¿Me haría usted la gracia de decirme cuál es su nombre?

—Smith. ¿Y el suyo?

—Brown.

El camino resultó más largo de lo que el príncipe creía, porque Cecilia, para evitar la grandiosidad de las estancias principales, lo cual hubiera hecho sospechar a mister Brown quién era ella en realidad, le condujo hacia las puertas de servicio, abiertas al otro lado del palacio.

Lo hizo entrar en una sala inmediata a la cocina y sentar en un sofá. Vertió árnica en un pequeño recipiente, le hizo subirse el pantalón hasta más arriba de la ensangrentada rodilla, y comenzó la cura.

De pronto, irrumpió en la sala el gran duque, el cual quedó estupefacto al presenciar la extraña escena. Conocía bien al príncipe Boris. Aquel muchacho al que su hija estaba curando, era el príncipe. Pero vió al-

go en aquella escena que le movió a callar. ¿Por qué se mostraba su hija tan solícita con aquel hombre, al que el mismo día anterior había dicho que odiaba? ¿Acaso no le conocería?

También el príncipe, al alzar los ojos y ver aquel rostro, le creyó recordar... Retratos en los periódicos... Algún encuentro... Sí, sí, aquel rostro se parecía al del gran duque de Capra...

En este momento, levantó los ojos Cecilia y vió en los de míster Brown lo que sucedía. Míster Brown, como casi todo el mundo, conocía el rostro de su padre. Buscó el modo de despistarla y lo encontró. Se encaró con el duque y le dijo con tono de benévola superioridad:

—¿Ya te has vuelto a poner las ropas de mi padre?

Y volviéndose al presunto míster Brown añadió:

—¡Qué atrevidos son estos sirvientes!

Y aun recalcó, dirigiéndose a su padre:

—¿Qué pensará míster Brown de nosotros? Sirve el té inmediatamente.

El gran duque, con su peculiar agudeza, entrevió en seguida lo que pasaba. Su hija

no sabía que aquel hombre era el príncipe. Aquella circunstancia podía tener magníficos resultados. Resolvió seguir la farisa. Le convenía. Se inclinó humildemente y dijo:

—Perdóneme la señora duquesa. La señora duquesa será servida en el acto.

Y desapareció tras la puerta de la cocina. El príncipe estaba perplejo.

—Es extraordinario el parecido que este hombre tiene con el gran duque de Capra.

—¿Le conoce usted, míster Brown?

—No he visto de él más que retratos.

Cecilia respiró.

—No es usted el primero que lo dice... Es el mayordomo de papá desde hace mucho tiempo. Un buen hombre, pero que tiene manías de grandezas. Cuando está solo se pone los trajes de mi padre, y sueña en que es un burgués, un dueño de casa grande. Pero ya le digo: es muy fiel, y papá lo aprecia mucho.

*El inglés rió de buena gana.*

—¡Es curioso! — exclamó ingenuamente.

Cecilia volvió a hacerlo sentar, y continuó la cura.

Cuando ya estaba vendado el herido, oyó la enfermera el ruido de un coche que se detuvo cerca de la puerta del jardín. Miró de reojo y, a través del cancel, vió que su madre entraba acompañada del primer ministro de Dacia. Se dió cuenta de que si míster Brown veía y reconocía a la gran duquesa, estaba perdida, y se apresuró a despedirle.

—Márchese ya. El peluquero y la masajista acaban de llegar y me necesitan.

—Acaso, pero usted no los necesita a ellos. Más hermosa de lo que es no podrán hacerla.

—¡Váyase, váyase!

Y le empujaba hacia la puerta.

—Antes — solicitó el príncipe — prométame usted que nos volveremos a ver...

—Prometido.

—... mañana.

—Bien. A las once saldré a dar un paseo por el bosque.

—Gracias, gracias.

—Adiós.

Y, al mismo tiempo que cerraba la puerta, se abrió la otra, dando paso a la gran duquesa y al primer ministro.

—¡Pero, Cecilia! ¿Dónde te has metido? Te andábamos buscando.

—¿Para qué, mamá?



*—A las once daré un paseo a caballo por el bosque.*

—Para decirte que mañana, a las once, vendrá el príncipe Boris a pedir tu mano oficialmente.

—¡Es espantoso! Ese príncipe al que no he visto jamás, no me deja minuto de reposo.

—Cecilia!

Y, resuelta a hacerla entrar en razón, invitó al primer ministro a sentarse a un extremo del sofá, a Cecilia a otro, y ella ocupó el centro.

Entretanto, en la cocina se había desarrollado una escena muy diferente. El gran duque, apenas entró, se echó a reír de muy buena gana, dejándose caer en una silla.

—¿Sabes quién es ese joven que está con mi hija? — preguntó al cocinero.

—Sí, Alteza; el príncipe Boris.

—Pues mi hija no le ha reconocido. Se llama míster Brown.

—Ya lo he observado, Alteza. Y él llama a la señora duquesa miss Smith.

El gran duque hallaba la situación cada vez más chistosa y se retorcía de risa.

—¡Gracioso...! ¡Gracioso!

Y se puso un mandil y preparó el té sobre una mesilla de ruedas.

Para estar más seguro de que no le vieran reír, salió de la cocina de espaldas y

tirando de la mesilla en vez de empujarla.

Cuando llegó junto al sofá se volvió. Iba a decir: "La señora duquesa está servida", pero algo inusitado se lo impidió.

En el sofá no estaba el príncipe, sino la gran duquesa y el primer ministro de Dacia.

Se quedó con la boca abierta. La esposa le contemplaba iracunda; el primer ministro le miraba y remiraba sin poder dar crédito a sus ojos; Cecilia reía de buena gana.

El gran duque balbuceó:

—La culpa ha sido de Cecilia, que ha querido gastar una broma a un tal señor Brown.

miss Smith era la duquesa cuya mano le obligaban a pedir!

Por eso consultaba el reloj nerviosamente y exprimía su cerebro buscando el modo de escabullirse.

Al otro lado del gran salón algo semejante ocurría a Cecilia; pero ésta solucionó el conflicto en el acto, confesando a Olga:

—A las once he de reunirme con míster Brown. Por consiguiente, no puedo asistir a la fiesta.

—¡Duquesa!... ¡Cecilia!... ¿Qué será sin la duquesa la ceremonia? Es vuestra mano la que han de pedir.

Pero Cecilia se había quitado ya el vestido de recepción, quedándose con el de amazona que llevaba debajo.

Dió un cariñoso golpecito en la mejilla a Olga y salió de estampía. Fué a las caballerizas, cogió su caballo y se dirigió al bosque a galope tendido.

El anciano y magnífico servidor de la metálica vara anunció:

—¡Sus Altezas los Grandes Duques!

Y aparecieron los soberanos de Capra. Ocuparon el trono e inmediatamente se

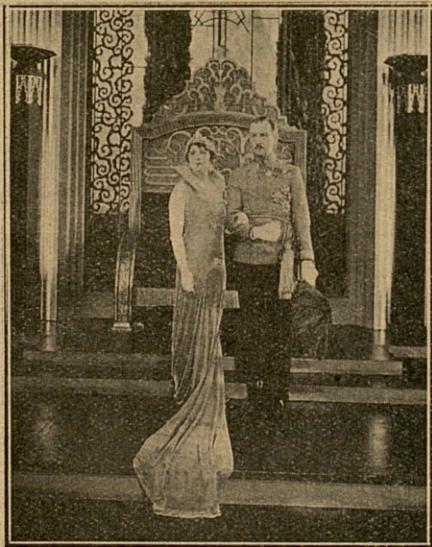
#### IV

A la mañana siguiente el palacio estaba preparado para el gran acontecimiento. Toda la nobleza de Capra se había reunido en el salón del trono. Un servidor, casi un maestro de ceremonias, golpeaba de vez en cuando el suelo tres veces consecutivas con su metálica vara y anunciaba un nombre ilustre.

El príncipe, prisionero en su espléndido uniforme, con el pecho cubierto de brillantes cruces, esperaba el momento de entrar en compañía del primer ministro de Dacia.

¡Qué lejos estaba de sospechar que aquellas magníficas habitaciones pertenecían al mismo palacio que él visitó el día anterior en compañía de su dueña, miss Smith! ¡Y qué lejos también de suponer que aquella

vieron caer a los pies del gran duque algunas cáscaras de nuez. No lo podía remediar. Tenía un verdadero delirio por las nueces.



*—¡Sus Altezas los Grandes Duques!*

*—¡Su Alteza, la duquesa Cecilia!*

Y cuando todos se habían inclinado ya, he aquí que en vez de la duquesa, apareció

Olga, la cual, muy atemorizada, se acercó al trono y pronunció algunas palabras que hicieron empalidecer a la gran duquesa.

—Esta Cecilia es incorregible — dijo al gran duque —. Habremos de decir que se ha puesto enferma repentinamente.

Volvieron a oírse los tres golpes, y el magnífico criado, al que aun duraba la indignación por la plancha que acababa de cometer, anunció:

—¡Su Alteza Real, el Príncipe heredero de Dacia!

En el vestíbulo el primer ministro y el príncipe se colocaron uno al lado del otro, y, muy rígidos y serios, emprendieron la marcha.

De pronto, el príncipe se dió cuenta de que podía salvarse. En medio del vestíbulo había una gran columna que se le ofrecía como un magnífico escondrijo.

En efecto, cuando pasaron por el lado de la columna, le bastó dar un leve salto para colocarse tras ella y de allí le fué fácil dirigirse a la salida sin que nadie le viese.

El primer ministro no se había dado cuenta de nada. Tieso como un poste y,

con un paso marcial, cruzó todo el salón y llegó al trono.

Allí se inclinó, tendió la mano hacia su derecha para mostrar al príncipe y sólo entonces se dió cuenta de que se había evaporado.

Tosió dos veces, se tiró de los puños de la guerrera y dijo:

—El príncipe se ha puesto enfermo repentinamente.

El criado que daba la entrada a los personajes de aquella espléndida comedia, levantó las manos al cielo y exclamó:

—¡Otra plancha!

Y se derrumbó en un sillón.

La gran duquesa se había puesto en pie. La cólera y la altivez relampagueaban en sus ojos.

—Eso es un subterfugio — exclamó —, un insulto para Capra.

Y allí terminó la fiesta.

La gran duquesa se dirigió al punto en busca de Olga y la obligó a decirle la verdad.

—Se ha marchado para reunirse con mister Brown.

—Perfectamente.

Y llamó en seguida al capitán de la guardia.

—Busque a la duquesa Cecilia. Al joven que encuentre con ella, hágalo desaparecer.

—Pero...

—Con tal de que no le quiten la vida, no me importan los medios. No quiero volverle a ver en Capra.

Y la guardia salió en automóvil en busca de la duquesa.

En efecto, se había reunido ya con el príncipe. Este ya tenía el caballo dispuesto cerca del palacio y, apenas pudo escabullirse, se dirigió al bosque a galope tendido.

Se encontraron en seguida. Era como si de corazón a corazón se hubiera establecido una poderosa corriente magnética.

Se dirigieron a la orilla del acantilado para contemplar el mar y cambiar ante la inmensidad azul algunas ternezas.

Pero algo interrumpió repentinamente el idilio.

Pasó un auto, el caballo de Cecilia se espantó, corrió hacia el borde del acantilado y saltó al mar.

El príncipe se apeó de un salto y se arrojó en auxilio de Cecilia. Luchando con las olas, logró sacarla a tierra y el caballo los siguió.

Cecilia no tenía más que el susto. Pero, en seguida, al sentirse entre los brazos de su amigo, se le pasó todo.

Se dijeron algunos secretos con los ojos y la consecuencia fué que el príncipe, emocionado, exclamara:

—¡Cecilia mía! ¡Qué susto me he llevado! Creí haberte perdido, y ya no sabría vivir sin ti.

Ella se sintió acariciada por aquellas palabras.

—Yo tampoco sabría vivir sin ti — no pudo menos de confesar.

Y ratificaron sus palabras con un beso, con el primer beso.

Cecilia exclamó de súbito:

—Llévame contigo. Vámonos a América. La vida allí es deliciosa.

Y recordó la famosa noche de su llegada a Nueva York.

—Sí, mi amor, sí — exclamó él radiante de felicidad.

—A media noche, en la casa de campo—

dijo la duquesa disponiéndose a partir como si tuviera prisa de que todo estuviera arreglado para la fuga.

—Allí estaré a media noche.

Y Cecilia subió a su caballo y desapareció camino del bosque.

Viéndola marchar estaba el príncipe, cuando apareció la guardia de los grandes duques. Todo lo habían visto e incluso habían oído algunas palabras.

El capitán dijo rudamente:

—Queda usted detenido.

El príncipe, viéndose perdido, resolvió revelar su personalidad.

—No me pueden detener. Soy...

Pero un certero golpe del capitán en la mandíbula le cortó la frase.

En brazos, lo llevaron al automóvil, y la guardia partió con el prisionero.

Un nuevo personaje apareció entonces en escena saliendo de detrás de una roca.

Olga, al enterarse de que la guardia salía en busca de la duquesa y de su... amigo, recurrió al agente de publicidad.

—Bimbo, ve en busca de la duquesa y advírtele que la guardia va a detenerlos.

Y Bimbo, que tenía muy buenas piernas,

siguió las huellas del auto, y así pudo llegar hasta aquella roca, desde donde presenció todo lo que acababa de suceder.

Al reanudar el auto la marcha, también Bimbo reanudó la persecución, por lo que pudo enterarse de que el tal señor Brown había quedado prisionero en una casucha perdida en medio del bosque.

Fué un día de gran agitación para todos.



## V

Cecilia contaba a Olga la aventura del chapuzón, mientras ésta la ayudaba a mudarse de ropa.

—No quiero seguir siendo duquesa. Prefiero ser la señora de Brown. Esta noche nos reuniremos en la casita de campo y nos marcharemos a Nueva York.

La pobre Olga estaba aterrada.

—¡Qué locura, señora duquesa!

—¡Bah! El amor es la mayor garantía de la felicidad, y míster Brown y yo nos amamos con locura.

En este instante se abrió la puerta y entró la gran duquesa. Dijo sencillamente:

—Se acabaron estas locuras. Te has de casar con el príncipe, y es inútil todo cuanto hagas para evitarlo.

—¡Pues no me casaré! — protestó Cecilia enérgicamente —. Sabe que amo a otro hombre.

—Peor para ti.

Y, dirigiéndose a Olga:

—Salga usted.

Después dijo a su hija:

—Permanecerás encerrada en tus habitaciones hasta que recuperes el sentido común.

\* \* \*

Y salió y cerró la puerta con llave.

Acababa Cecilia de mudarse las ropas por sí misma, cuando vió que por la ventana asomaba una mano y después una cabeza.

Era Bimbo.

Cecilia se fué a él muy extrañada.

—¿Qué sucede, Bimbo? ¿Adónde vas por aquí?

—Quiero deciros algo muy grave y que os interesa mucho. Míster Brown está prisionero. Me parece que se lo van a llevar esta noche.

—¡Obra de mi madre, sin duda!

—Exactamente, señora duquesa.

—¿Qué hacer?

Y Cecilia se retorcía las manos desesperadamente. De súbito fijó la vista en la ventana. Lo mismo que Bimbo había entrado por allí, podía salir ella.

—Tengo una idea, Bimbo. Ven esta noche a buscarme. Huiremos y me conducirás al encierro de míster Brown.

—De acuerdo, señora duquesa.

Y Bimbo volvió a descolgarse por el árbol que había junto a la ventana, dejando a Cecilia presa de mortal zozobra.

\* \* \*

Por la noche todo se realizó como habían previsto y sin que surgiera ningún obstáculo.

Bimbo acudió al pie de la ventana y llamó a Cecilia. Esta se descolgó ágilmente por el tronco del árbol, recordando aquellos tiempos de su niñez en que esquivaba la fiscalización del aya para cometer travesuras.

Un auto que Bimbo se había proporcionado; los condujo a la casucha donde estaba preso míster Brown.

—Aquí es — había dicho Bimbo.

Y la duquesita saltó del coche y corrió hacia la cabaña, seguida de Bimbo.

Buscaban un hueco por donde espiar, cuando oyeron voces y pisadas. Se ocultaron en un seto, y desde allí vieron cómo entraban en la choza varios desconocidos, con catadura de lobos de mar, y salían al punto con míster Brown, después de haberlo amordazado.

Cecilia fué a salir en su defensa, pero Bimbo la detuvo:

—¡Calma! Ahora no conseguiríamos si no agravar la situación. Es mejor que le sigamos. Van a pie.

Y se fueron tras ellos, protegiéndose en las sombras del bosque y de la noche.

Anduvieron un buen trecho por la costa y llegaron a un embarcadero, al que estaba amarrado un bergantín.

En aquel barco introdujeron a míster Brown, y hacia aquel barco se dirigieron Bimbo y Cecilia resueltamente.

\* \* \*

Cuando esto sucedía, el gran duque acababa de regresar a su palacio, después de pasar la tarde cazando, uno de sus muchos deportes favoritos.

Estaba decidido a dar a su esposa la gran alegría que le preparaba desde dos días atrás. Iba a comunicarle quién era aquel míster Brown que tanto la preocupaba.

La gran duquesa salió a su encuentro con mal talante. Mejor. El gran duque se frotó las manos, gozándose por anticipado de la sorpresa que iba a dar a su austera esposa.

—He de participarte — dijo — que todo está arreglado.

—Lo sé... Y no debe extrañarte. Como de costumbre, he tenido que hacerlo todo yo.

Rió el gran duque.

—¡Caramba! ¿Y qué es lo que has hecho?

—Pues, sencillamente, encerrar a Ceci-

lia en sus habitaciones y poner a buen recaudo a ese míster Brown.

El gran duque se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué has hecho, desdichada? ¿Sabes quién es ese míster Brown?

La gran duquesa se mostró desconcertada.

—¿Quién? — preguntó temerosamente.

—¡Pues el príncipe heredero de Dacia!

Y explicó en dos palabras todo lo sucedido.

—¡El cielo me valga! — exclamó la gran duquesa.

—Decididamente — dijo irónicamente el gran duque — no hay quién arregle las cosas tan bien como tú.

En esto se presentó el capitán de la guardia y dijo muy ufano:

—Alteza, he cumplido al pie de la letra vuestras instrucciones. Míster Brown está a bordo de un bergantín que se dirige a China.

Los grandes duques profirieron al unísono una exclamación que dejó perplejo al capitán de la guardia.

—Creo haber obedecido fielmente las órdenes de la duquesa.

—¿Conque fielmente, eh? — dijo el gran duque mirando fijamente al capitán de la guardia —. Pues oiga usted lo que le voy a decir. Como dentro de una hora no haya regresado míster Brown de China, le mando fusilar a usted.

Después dijo a la gran duquesa con una sonrisilla inquietante:

—Esposa mía, eres un encanto para arreglar las cosas.

Se dirigieron a las habitaciones de Cecilia, y al ver que no había nadie en ellas, el gran duque insistió:

—¡Nada! ¡Lo dicho! No tienes rival para solucionar conflictos.

Después añadió imperativamente:

—Es preciso que esto se arregle. Que preparen el auto y vamos en busca de Cecilia. Acaso encontrándola a ella, le encontraremos a él.

—¡Pero si dice el capitán que se lo han llevado a China! — repuso la gran duquesa, muy nerviosa y acobardada.

—¡Silencio! No me repliques. Prepárate para partir. Yo me encargo de lo demás.  
Y salieron en busca de Cecilia.



## VI

Entretanto, el príncipe, libre ya de la mordaza, pero atado de manos y piernas, había sido arrojado con escasa delicadeza a un rincón del bergantín.

—Soy el príncipe de Dacia. Iréis todos a la cárcel.

Los marineros rieron de buena gana. Sin duda el prisionero no estaba bien de la cabeza.

Y he aquí que, por si esto era poco, una muchacha gritó en seguida desde la borda:

—¡Suelten a ese hombre! Soy la duquesa Cecilia. ¡Ordeno que lo suelten!

Un marinero dijo a otro:

—Chico, estamos entre la alta sociedad. Primero, un príncipe, ahora una duquesa.

Habrá que ponerse de guante blanco. Pero antes encerremos a la duquesa.

Y la cogió por la cintura con sus robustos brazos.

El príncipe, que lo había oído y visto todo, trató en vano de desprenderse de las ligaduras para auxiliar a su amada protectora. Pero lo que no pudo hacer él lo hizo Bimbo.

Bimbo, antes de salir del palacio, se había provisto de una magnífica porra semejante a las que usan los guardias que regulan el tránsito. Era su arma predilecta. Comprendiendo que en aquellos casos valía más la astucia que la fuerza, se había ocultado en el bergantín después de encaramarse por una cuerda que pendía de la borda, en tanto la duquesa usaba la escalerilla.

Quiso el azar que el camarote donde iban a encerrar a Cecilia estuviera cerca del escondite de Bimbo, y éste aprovechó la circunstancia para descargar un golpe contundente sobre la cabeza del que transportaba en vilo a la duquesa.

—Uno — dijo Bimbo al ver que el marinero se desplomaba.

Y Bimbo y la duquesa procedieron en el acto a cortar las ligaduras del príncipe.

Otro marinero que los vió dió la voz de alarma, y un minuto después se empeñaba en el bergantín una segunda guerra europea.

Los puños del príncipe dejaron bien sentada su potencia. La duquesa se mostró muy valiente y decidida. En cuanto a Bimbo, fué el héroe de la batalla. Su porra intervenía con una oportunidad admirable. Era más de media noche cuando las huestes victoriosas salían del bergantín.

\* \* \*

Cuando, a la mañana siguiente, habían vuelto a palacio los grandes duques, el cansancio y la desesperación les dominaba. Toda la noche buscando en vano. ¿Qué había sido de Cecilia? ¿Qué había sido del príncipe? Misterio inquietante.

—Estoy orgulloso de ti — dijo el gran duque a su esposa —. Eres una verdadera alhaja.

En este momento un criado anunció al

primer ministro de Dacia y apareció el diplomático, erguido como siempre y como siempre austero.

Hizo una ligera reverencia y en seguida atacó el punto interesante de la cuestión.

—El príncipe Boris ha desaparecido. Vos, como soberanos de Capra, sois los responsables. Si no aparece inmediatamente, habremos de declarar la guerra.

—Muy bien — repuso el gran duque —. Aceptamos el ultimátum. ¿Tiene usted algo más que decir?

—Nada. Digo, sí. Que lo penséis bien. Dacia invadirá vuestro territorio.

—¡Caramba, caramba!

—Y sembrará la ruina y la desolación.

—¡Oh!

—Y vos seréis ultrajados... tal vez decapitados.

—Muy bien. Ahora me toca hablar a mí — dijo el gran duque —. Y voy a ser muy breve. Que vengan los soldados de Dacia. En Capra hay magníficos parques zoológicos donde colocarlos. A usted le reservo la jaula del hipopótamo.

Al mismo tiempo que se desarrollaba esta escena, no habían cesado de pasar cria-

dos con bandejas, vinos y aguas minerales.

Al fin, la gran duquesa se dió cuenta de que se dirigían a las habitaciones de su hija, e hizo esta inapelable deducción: “Eso significa que hay alguien en las habitaciones superiores.”

Y comunicó sus sospechas al gran duque.

—¡Cierto! — convino éste —. Y si hay alguien en las habitaciones de Cecilia, ¿quién puede ser sino ella?

Se levantaron los dos al mismo tiempo y corrieron hacia la escalera que conducía a las habitaciones de su hija.

El primer ministro, que no había dicho aún todo lo que tenía que decir, corrió tras ellos.

Y cuando los tres llegaron a las habitaciones de la duquesita, quedaron perplejos ante el cuadro que se ofreció a sus ojos.

Bimbo devoraba manjares sentado ante una mesa repleta de bandejas y platos.

—¿Qué es eso, Bimbo?

—¿Dónde está la duquesa?

Bimbo se llevó un dedo a los labios, se levantó, se acercó a la ventana que ocultaba el lecho, dijo por señas a los grandes

duques que se acercaran, descorrió la cortina y les mostró un cuadro que los llenó de sorpresa y de alegría.

En un sillón, junto al lecho, y sobre él, encogida y abrazada al cuello varonil, la



*...y sobre él, encogida y abrazada al cuello varonil...*

duquesa Cecilia. Los dos dormían profundamente.

—Se han casado a las tres de la madrugada. Un capricho. Han dicho que así se evitarían muchas molestias.

Los grandes duques y el primer ministro, los tres a un tiempo, lanzaron un gran suspiro.

—Retiro lo dicho y pido perdón a Sus



*Cecilia se arrojó en brazos de la gran duquesa.*

Altezas — manifestó el diplomático de Dacia.

Los grandes duques, muy emocionados, aceptaron las excusas.

—Celebramos que las cosas hayan teni-

do un fin tan hermoso — dijo el gran duque.

—Pero habría sido mucho más hermosa la espléndida boda que yo había preparado.

—Y a ti, Bimbo, te voy a conceder una gran cruz.



*—El mayordomo de la señorita Smith tiene el honor de saludarle.*

Y, como no llevaba ninguna encima, quitó una de las que lucía en su pecho el primer ministro de Dacia y se la puso a Bimbo.

—Toma, no sé qué cruz es, pero da lo mismo. Ya tienes algo que lucir cuando vayas de gala.

Se separó de pronto la cortina y aparecieron los recién casados.

Cecilia se arrojó en brazos de la gran duquesa, y el príncipe tendió la mano al gran duque.

—El mayordomo de la señorita Smith— dijo éste, que ni en los momentos más trascendentales podía ponerse serio — tiene el honor de saludarle.

Después se dirigieron cada uno a su habitación. Y aquel día se convirtió en apacible noche en el palacio ducal.

FIN

### A nuestros lectores

A fin de que los señores vendedores que no han aceptado el aumento de contribución para tener derecho a ofrecer publicaciones de precio superior a **una peseta**, no se vean obligados a privar a sus clientes de las acreditadas **Ediciones Especiales** de La Novela Semanal Cinematográfica **EDICIONES BISTAGNE** ha decidido rebajar el precio de dicha publicación, de **Una peseta cincuenta a**

### **UNA PESETA,**

sin variación en el formato ni en el texto.

Y no dudamos que esta notable concesión al público nos será compensada con la mayor difusión de estas **Ediciones Especiales**, que seguirán publicando los mejores asuntos de la presente temporada.

### **PRONTO:**

### **La melodía del amor**

por

**Lupe Vélez, Jetta Goudal y William Boyd**

### **Precio: UNA PESETA**

16 ilustraciones fotográficas en papel couché

**De interés para todos,  
especialmente para  
los padres**

Ediciones BISTAGNE pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

### **El Cuento Selecto**

**Su precio será de 15 céntimos**

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

**Inmejorable presentación**

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**

No se olvide de  
**La Novela del Chofer** 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas|

||| Colección usted las fotografías  
de las mejores artistas de la pantalla en  
sugestivas «poses», que regala, con cada  
ejemplar,

**La Novela Frívola Cinematográfica**

Sugestivos asuntos. Lectura amena y  
optimista.

Precio: 30 cts.

Léala y será un admirador más

Le interesa  
30 cts. **La Novela de la Modistilla**

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Cañot, 1



E. B.

